



Clase económica

(2a. parte)

ROBERTO BRAVO

Banff

Legamos a medio día a una ciudad de siete mil habitantes que a los lados de su calle principal se encuentran uno tras otro pequeños hoteles como de tarjeta postal en cuyas entradas, balcones y terrazas hay macetas con flores, a la izquierda de esta calle se localiza el Campus del Centro de las Artes de Banff que son varios edificios sobrios, elegantes e integrados al paisaje. El transporte me dejó en la administración con mi desvelo de treinta horas de viaje. Aunque las personas que vi en la calle andaban en mangas de camisa no me quite la chamarra, no sentía frío ni tampoco calor. Con la cortesía de un empleado de hotel, el joven que estaba en la administración me dio una tarjeta electrónica como llave de mi habitación, me dio dos instrucciones en un inglés que no entendí, pero le di las gracias. Más tarde me enteré que ése era un día feriado en Canadá y que por lo mismo no había empleados en el Centro más que la guardia habitual para estas ocasiones.

Me di un baño y cuando vi mi rostro en el espejo antes de meterme en la regadera, me percibí extraño, mi cara era la de un desconocido, debí haber envejecido diez años por lo menos.

Nunca he podido explicarme por qué si uno anda vestido siempre sale tierra del cuerpo, el cuello y los puños de mi camisa estaban negros como los de un arriero y cuando salí de la tina del baño una nata oscura quedó embarrada en su porcelana.

¿Tanta porquería flota en el interior de los aviones y aeropuertos?

Aunque no me debía ver como nuevo, me sentí como nuevo después del baño, fue mi redención, me sentí limpio en

medio del limpio aire de Banff un extraño vigor me invadió. Después de comer un sándwich en la cafetería del centro fui a descansar a mi cuarto.

El estudio-cabaña

No hay un lugar para la creación, el artista, quien quiera que sea, haga lo que haga, lo hará en la mesa que tenga y no le importará si es de caoba o de pino, si tiene la necesidad de escribir lo hará escuchando los pleitos de sus hijos, los gritos de su mujer si es que tiene una familia; o los reclamos de sus padres si vive con ellos, la estrechez económica, el exceso de trabajo, el dolor de los pies etc. Cuando hablamos de escribir no hablamos de aire limpio, de sol, de espacio, de comida, de no preocupaciones, de un bosque para caminar ¿De qué hablamos cuando hablamos de escribir? Hablamos simplemente de escribir una historia, nuestra historia, la única que podemos contar nosotros, la que nos interesa que los demás conozcan.

Una vez, en una terapia escuché decir a un hombre que todavía no estaba lo suficientemente preparado para escribir el libro que quería escribir, que todavía no había leído lo suficiente. Esa persona que pensaba como respetable porque el doctor y el grupo lo trataban con mucha deferencia, y tenía los modales de un hombre de mundo despertó en mí un conflicto. Yo estaba en lo que se dice mi primera juventud y me sentía con los arrestos necesarios para iniciarme en la escritura artística. Es más, ya me habían publicado tres cuentos en el periódico local y ese hombre a quien el éxito mimaba, tenía un programa en la radio, andaban coqueteando con él los de una televisora, tenía un Jaguar y las mujeres se le resbalaban ¿me estaba dando una lección de humildad? Sentía infames mis pretensiones. ¿Cuánto había leído yo? ¿Con qué experiencia de la vida contaba? A la siguiente terapia llevé uno de mis cuentos, el más extenso y se lo di al Doctor, mi objetivo era que él me aceptara como escritor, quería quitarme de encima las

palabras de aquel hombre. Mi terapeuta leyó el texto y enojado me dijo que para escribir un texto absurdo todavía no tenía los elementos significantes necesarios para intentarlo siquiera. Acababa de leer a Becket y a Ionesco, y quería escribir algo como ellos en un escenario mexicano. Aunque era un joven torpe que pasó parte de esos años tratando de ganarse la aceptación de los demás, no lo era tanto como para renunciar a escribir, quizá mi terapeuta y un poeta xalapeño que se burló de ese cuento confirmaron mi vocación al negar valor a mi escritura, pero después de escuchar a mi compañero de terapia, creí que debía prepararme.

Asociaba el estar preparado a un hombre maduro, circunspecto, con una actitud de suma gravedad ante la página que estaba escribiendo o la lectura de un libro. Lo imaginaba en un estudio forrado de madera, librerías repletas y en los pocos espacios libres de las paredes cuadros artísticos, y yo era solamente un estudiante que antes había iniciado dos carreras universitarias y casi terminado una más y por esa razón y otros detalles me había convertido en el dolor de cabeza de mis padres quienes estaban a punto de negarme todo apoyo. Un hombre repleto de conocimientos y pleno de amor

por la humanidad era una visión que no estaba a mi alcance yo que estaba lleno de azotes y quería antes ser amado que amar, necesitado de una afirmación que me impedía comprender y aceptar al mundo y que por lo mismo me había convertido en un ser egoísta que sólo pensaba en él y en lo que quería. Era en una palabra infeliz, incapaz de dar algo simplemente porque no lo tenía, estaba ante el mundo con las manos vacías y eso, estoy seguro, hace miserable a cualquiera y era eso precisamente lo que hacía sentirme solo ¿qué solidaridad podía ofrecer alguien que es nada? Por eso mi relación tan desagradable con el mundo: grandilocuente y llena de fantasías inalcanzables. Esa persona de éxito hizo que tomara conciencia de mi situación como hombre, que era exactamente la misma que la del artista que quería ser, porque un artista no es un caballo, ni un simio es otro hombre.

Me sentía como el personaje de Nietzsche que está frente al abismo horrorizado de éste pero aunque muerto de miedo está dispuesto a saltarlo para alcanzar la otra orilla habitada por los elegidos, pero ¿y si no me alcanzaban las fuerzas para llegar a ella? caería en el vacío y de allí nadie podría rescatarme, ni mis padres tan preocupados por mi futuro. Sufrí como



**Universo de
el búho**

Felicitación

Universo de El Búho felicita a su distinguida colaboradora Luz García Martínez, por haber obtenido el Premio Nacional de Periodismo José Pagés Llergo 2007 en la categoría Entrevista, por sus trabajos publicados en esta revista.

un verdadero crucificado y aunque sabía que aquel sufrimiento lo tenía bien ganado, el sufrimiento en sí no redime, te convierte en un grano infectado sensible a cualquier contacto.

Todo acabó cuando decidí dejar la última carrera que hacía porque la había tomado pensando que en ella iban a enseñarme a escribir y después de cuatro semestres en los que aprendí cosas que me ayudaron a ganarme la vida como maestro, pero nunca a desplegar mis habilidades creativas que era precisamente lo que me había llevado a ese lugar, terminé con aquello y con las esperanzas de mi padre de verme convertido en profesionista universitario.

El pensamiento de aquel hombre que yo creía exitoso no era más que una trampa, nunca más supe de él después que dejé de verlo, pero con el tiempo me di cuenta que él vivía atrapado, que había caído en la trampa diseñada por otro o en la que su fantasía había tejido, porque cuando uno no tiene más que miseria que ofrecer o la nada en las manos para darla al mundo, es ésa la joya que debe entregar en su nacimiento, no hay bien más preciado que uno mismo. Así que, en donde podía hacerlo, me puse a escribir de lo que podía escribir, no de otra cosa, no hay temas literarios, sólo hay aceptación de uno mismo.

Sin embargo, el tiempo se encarga de darle a uno cachetadas con guante blanco. Hoy estoy en Banff, ¿qué hago en Banff? ¿Por qué estoy en Banff después de todo lo que he dicho? Banff es para mí prácticamente otro mundo ¿Qué representa Banff para mí, para un escritor como yo qué es Banff?

Uno es nada sin su pasado, la vida es un presente perpetuo. Y Banff representa para mí hacer de la fantasía de aquel “hombre exitoso” una realidad que al concretarse se volvió la vida que he llevado. Banff me ha permitido darme cuenta que desde que tomé la decisión de ser escritor he trabajado para crearme mi Banff y estar aquí no es más que hacerlo consciente, ha sido percatarme que la vida de escritor es una pasión. Banff no es otro mundo, es mi mundo y estoy aquí porque ha sido parte de mi existencia desde hace muchos años, ha estado conmigo desde que comprendí en los diálogos de Esperando a Godot que ser nadie es tener algo en las manos para ofrecerlo a los demás y que nadie es nadie, hasta la más insignificante materia microscópica es parte de algo, y yo, desde entonces, pertenecía al mundo de Banff.

Pertenecer a un mundo que se desconoce proporciona la posibilidad de descubrirlo si se tiene esa actitud y cualquier artista abierto a él lo descubrirá poco a poco según su interés.

En Banff levantaron cabañas-estudios en medio de un bosque que pertenece al Centro de las Artes de la ciudad para artistas plásticos, músicos, escritores, etc.

La cabaña en que escribo fue diseñada para ser habitada por escritores con el propósito de que el bosque sea lo que París fue para Hemingway, Londres para Wilde y Eliot, y México para Lowry y Green. La que me dieron es redonda, semeja una choza india fue construida desde sus cimientos con madera y tiene además de una cocineta y horno de microondas, una mesa, un escritorio con computadora e impresora, un aparato de sonido, baño, una tumbona para leer o descansar, un sofá, un tapete con motivos indígenas que casi cubre la estancia, un medio baño y mesitas de noche, libreros, lámparas y un trinchador con lo necesario para cocinar. Lo que no es de madera es de vidrio: la puerta de entrada, la de salida a una terraza y un enorme ventanal con vista a los pinos del bosque, la vista es de postal desde un lugar verdaderamente confortable.

El hombre exitoso que no se sentía preparado para escribir su libro aquí no hubiera tenido ningún pretexto. El clima de la cabaña por un sistema de regulación automática se mantiene constante y afuera la naturaleza es una obra de arte, con su dinero y la paciencia necesaria, podía haberlo hecho. Me imagino que para el tiempo que ha transcurrido desde entonces debe haber leído lo suficiente y la vida y sus lecturas deben haberle proporcionado una o dos historias literarias dignas de contarse. Para completar la comodidad, en la biblioteca del Centro prestan cinco discos diarios si los devuelves, la discoteca está bien surtida y el aparato de sonido del estudio tiene un sonido aceptable.

Toda esta comodidad de qué sirve a un escritor si como hemos dicho para que haya jugo de naranja debemos tener para empezar naranjas.

De lo que estoy seguro es que la belleza y la comodidad que brinda Banff no otorga aquello que produce una obra literaria, pero a quien tiene lo suficiente para hacerla le facilita las cosas y eso es importante porque aunque no son determinantes la mesa, la cama, el lápiz y la comida, son necesarios en la vida del artista como en la de cualquier persona y si el artista es de “clase económica”, pues más. Habría que conocer la opinión de Gustav Mahler sobre lo que significó para él retirarse a su cabaña frente a un lago austriaco para componer. Virginia Wolf que sabía de lo que estaba hablando dijo al respecto: No se puede pensar bien, amar bien, dormir bien, si no se ha comido bien. ■